

SOBRE EL LIBRO «LA SOCIEDAD EN TRANSFORMACION»: KARL MARTIN BOLTE (*)

Que en todos los ámbitos y a todos los niveles hay una conciencia de transformación social es algo evidente. Pero, ¿en qué consiste, a punto fijo, este estado proteico?, y, ¿a dónde nos conduce? He aquí las dos preguntas cuyas respuestas se reclama de filósofos y sociólogos. Respuestas que, ciertamente, ponen a prueba, hasta el límite, la competencia y la honradez profesional de esos hombres, por cuanto el diagnóstico y el pronóstico están tan íntimamente ligados.

Este libro, en una tesitura rigurosamente expositiva y desde una posición sociológicamente aséptica, trata de responder a lo primero. Y lo hace bajo el prisma de unas coordenadas de tiempo y espacio: el año 1966 y la República Federal Alemana.

Consta de cinco capítulos de muy diversa extensión. El primero, de sólo catorce páginas, está dedicado a precisar términos y conceptos, cosa de suma utilidad, dada la disparidad que en este sentido aún se da entre las diversas escuelas o cultivadores de esta ciencia. Resulta así una clave ante cualquier duda que, a lo largo de su lectura, se ofrezca.

El capítulo II, bajo la rúbrica de «La situación social en la actualidad», desarrolla una panorámica de la evolución de «estructuras», «tramas» y demás características de la funcionalidad social, tomando como paradigmas los dos ya clásicos de «sociedad agraria» y «sociedad industrial». La primera viene a englobar las dos primeras de las tres grandes fases en que, siguiendo a Gehlen, divide el desarrollo cultural de la Humanidad: «1. La de los nómadas colectores y cazadores. 2. La de los labradores y pastores sedentarios. 3. La del industrialismo técnico.»

Los trazos son enérgicos, afirmativos: las «nuevas» estructuras sociales se caracterizan por una fuerte dinámica interna; las tramas sociales de nues-

(*) KARL MARTIN BOLTE y equipo colaborador: *La sociedad en transformación*. Prólogo y revisión de Francisco MURILLO FERROL, traducción de Clara STAUFFER LOEWE. Colección FOESSA. Ediciones Euramérica, S. A. Madrid, 1970; 498 págs.

tro tiempo son vastas; la actual sociedad se caracteriza por su pluralidad y diferenciación; el hombre actual vive en un campo de tensiones formado por la libre oportunidad y las tendencias dirigistas; en la sociedad actual se generalizan algunas conductas vitales características; la vida social de la actualidad contiene puntos típicos de crisis; la situación social del momento presenta al individuo exigencias específicas.

Destaca, a lo largo de su texto, una perfecta sistemática expositiva que consigue el más alto grado de amenidad posible, que llega a superar las dificultades de expresión, nacidas principalmente de ciertos problemas de traducción sobre los que se avisa en la «Presentación». Dentro de aquello se encuentran una serie de observaciones especialmente impresionantes, junto con otras que producen desconcierto, tales como la de que la valoración del trabajo humano como designio o «destino» divino (pág. 48) es atribuida por «Max Weber y otros... al calvinismo, el protestantismo y la reforma», que implica una absoluta ignorancia de la sentencia «El que no trabaje que no coma», formulada tantos siglos antes por San Pablo.

Confusas resultan también las apreciaciones contenidas bajo el epígrafe «Competencia de metas económicas y políticas» (pág. 50), donde se contraponen los conceptos de «valores fundamentales» y «objetivos económicos y políticos» en forma que podría haberse reemplazado con ventaja con el empleo de los más precisos de *finés* —inmediatos, medianos y últimos— y *medios*.

Aparte de estos lunares, hallamos cosas bien jugosas. La proyección en nuestra sociedad de la sombra de Maquiavelo (págs. 50-51): «Formas de conducta que en la vida deportiva o en el ambiente familiar constan como extremadamente "poco elegantes" (*unfair*) e incluso casi intolerables, pueden ser calificadas, si son aplicadas a la vida económica o política como "astutas" o "inteligentes".»

También da que meditar la contraposición de «tradicional» o «racional» que se hace en la página 57.

Y la norma de orientación «según los otros» (pág. 58), también contrastada con la medieval, de corte tradicionalista, y la burguesa capitalista, basada en «principios» éticos. La última produce la sensación de una orientación sin brújula, porque se funda sólo en un pragmatismo de la convivencia; y surge la pregunta: «¿Con los demás?, bien, pero ¿a dónde?»

Muy valiosa, en cambio, la observación sobre la sugestión de «necesidades técnicas» que admitimos sin examen, pudiendo tratarse (pág. 59) de puras apariencias. Como también (pág. 60) las referentes a creación de «ideologías justificativas» de la pervivencia de ciertas organizaciones y a la «manipulación del hombre». La «exigencia excesiva al hombre (pág. 61) y deficiente educación para el ejercicio de la libertad ("en la elección está la tortura"):

es el problema de que los *derechos* —que identifica con *libertades*— se hayan adelantado a la *capacidad de decisión* del hombre...» Las *actitudes radicales*: ante los cambios y novedades, atribuibles a falta de capacidad de adaptación. (página 68). El cambio de signo de los peligros para el hombre: de los derivados de la *naturaleza*, a los emanados de la *organización* (págs. 71-72). La desproporción entre las decisiones exigidas y los elementos de juicios necesarios para tomarlas (pág. 72) por basarse en datos «anticuados». Hay un párrafo (pág. 75) que merece transcripción literal:

«El creciente conocimiento de la relatividad de todos los procesos sociales es fomentado también por la multiplicación de las opiniones, teorías e ideologías contradictorias, ante las que se encuentra hoy el individuo. Ante este "paralelismo" le resulta al individuo cada vez más difícil creer con toda convicción en la validez absoluta de determinados valores y en la exactitud permanente de los dogmas abstractos. Cada vez más hombres adoptan hoy una actitud escéptica ante las «teorías», programas e ideales proclamados como verdaderos.»

Aborda más adelante el problema de la madurez del hombre actual. Una síntesis, mejor dicho, un *comprimido* de ideas de Behrendt y Geiger (pág. 78) nos revela la incapacidad de tantos tratadistas ante el concepto de *tradición*, infelizmente contrapuesto al de *racionalidad*, atribuyendo a esta antinomia —absolutamente falsa— la masificación que hoy padecemos.

Consiguientemente, la necesidad de *añadir* al estudio de la economía —implícitamente colocada como ciencia fundamental, lo cual es positivismo puro— otros sobre estructura y desarrollo sociológicos y políticos...

El capítulo III se dedica al estudio de la «Estructura y desarrollo de la población». En la página 90, con maestría técnica innegable, se nos ofrece un pequeño juego destinado a impresionarnos gráficamente sobre el problema del incremento de la población humana.

Algo más adelante (pág. 93) se denuncia el problema de la «carga de los ancianos». Y empiezan a apuntarse las soluciones históricas. Se nos habla de los «antiguos controles sociales de fertilidad» —que, más exactamente, por lo que dice, podríamos denominar «controles *políticos* de *nupcialidad*»—, a los que se contrapone el moderno de «reducida natalidad en el matrimonio», como consecuencia de haberse éste convertido en libre; libertad que resulta sólo con respecto a la facultad para contraerlo, pero no para sus efectos —los hijos—, sobre los que recaen ahora las limitaciones.

El capital antagonismo actual aparece muy ajustadamente expuesto en la página 95: De un lado, la apelación a la O. N. U., en 17 de noviembre de

1960, de «un grupo de personalidades relevantes», entre los que se contaban treinta y nueve premios Nobel, afirmando que el mundo «camina hacia una época de hambre, de miseria, de educación deficiente y de intranquilidad peligrosa si no se encuentra un equilibrio entre el crecimiento demográfico del mundo y las fuentes auxiliares existentes», y propugnando, en consecuencia, «la propagación del empleo eficaz y libre del control de la natalidad por medios médicamente recomendables»; de otro, la Encíclica *Mater et Magistra*, de Juan XXIII, donde se afirma que:

«En realidad, desde un punto de vista mundial, no parece que se presenten en un futuro próximo dificultades serias entre el número de habitantes y las posibilidades de su manutención»,

porque

«los motivos dados en este sentido son tan inseguros y discutibles que no se puede deducir nada serio en ello. Por encima de esto ha dado Dios en su inmensa sabiduría y bondad posibilidades inagotables a la naturaleza, y al mismo tiempo ha concedido a los hombres tanta capacidad espiritual que éstos, valiéndose de los medios necesarios, pueden utilizar los dones de la naturaleza para satisfacer sus necesidades vitales»;

añadiendo que

«para solucionar fundamentalmente la cuestión debatida aquí, no se pueden emprender caminos que se oponen no sólo al orden moral divino sino que despojan a la procreación humana de toda su dignidad.»

Como consecuencia, pronostica (pág. 96) que «el acontecer social, económico y político, de los próximos cincuenta años, estará lleno de tensiones a causa del crecimiento demográfico», y que «el destino de los países en vías de desarrollo estará influenciado definitivamente, y no en último término, por la manera en que sepan dominar su aumento demográfico actual». Conclusión: considerado todo lo anterior de sentido francamente ecléctico.

En cuanto a las teorías formuladas hasta el día sobre el problema, considera (págs. 115-117) que las *biologistas* (Spencer, Verhulst, Peart y Reed), las del *óptimo demográfico* (especialmente Robbins y Cohen), del *bienestar* (Brentano, Gossen) y *socialistas* (Lassalle, Marx, Bernstein), «son consideradas hoy caducadas, al menos en lo que se refiere a su prestación de validez ge-

neral». Y se adhiere a Mackenroth, cuyos planteamientos expone resumidamente (págs. 118 y sigs.).

Hace a continuación, extractando también del último autor citado, un bien construido resumen histórico de la política demográfica en Alemania. A las limitaciones administrativas para contraer matrimonio —que no se encaminaban, como aquí mismo se desprende, a limitar la cuota de natalidad, sino a impedir que los hogares sin recursos fuesen una carga para la comunidad—, cuyo origen se remonta a la época absolutista, que se prolongan bajo el despotismo ilustrado y aún sobreviven parcialmente durante la primera fase de la era industrial —liberalismo—, suceden las medidas socialmente espontáneas, consecuentes a la difusión de nuevas doctrinas, con altibajos originados por las condiciones socioeconómicas pendulares, para desembocar en la actual regulación, a la vez administrativa y espontánea, que apunta directamente a rebajar la aludida cuota. Especialmente revelador en cuanto se afirma (pág. 137) bajo el epígrafe «Bebé o coche». Surgen así, en íntima relación con el «proceso de secularización» —o de «mundanización»—, los conceptos de «paternidad responsable», «racionalización de la procreación» y «nuevo tipo demográfico», y, como poderoso —o terrible— instrumento, los «anticceptivos», todo ello objeto de otros tantos epígrafes.

La «política demográfica» de hoy es (págs. 159 y sigs.) *cuantitativa* y *cuantitativa* a la vez. Se pone a discusión la cuestión de la *fijeza* de la institución familiar y de la *transformación* y *condicionalidad* de las *estructuras religiosas* y «*tabús*» (!).

La historia de esta política en los diversos períodos de la historia de Alemania resulta muy significativa: la República de Weimar transige con el aborto, que el nacional-socialismo perseguirá duramente, junto con los anticceptivos. En cambio, este régimen empleará a fondo la esterilización, como instrumento de mejora de la raza aria y extinción de la semita. Esto último gravita aún hoy sobre la República Federal, impidiéndole, a juicio del autor, «toda discusión sobre la política demográfica». Y sólo se puede registrar en este sentido medidas de influencia indirecta, como la protección a la funcionalidad familiar, o la prohibición de venta de anticceptivos, por constituir «ataques a las buenas costumbres y a la decencia», pero... limitada a su expención por máquinas *tragaperras*.

En la toma de posición de las Iglesias, hay (pág. 169) «una discrepancia esencial». Según la evangélica, no existen medios «antinaturales» y, en consecuencia, condenables (sin embargo se rechaza, de manera unánime y terminante, el aborto como medio de restringir los nacimientos, pero no de manera tan definitiva la esterilización voluntaria): y no se atribuye ninguna superioridad ética a la abstención sexual y a la elección temporal del acto

(Ogino-Knaus). La posición católica se resume a partir del libro *Geburtenregelung, Geburtenkontrolle*, del jesuíta padre Lestapis: ambas metas, descendencia y amor conyugal, aunque no tengan, de ninguna manera, el mismo rango, deben ser consideradas como una unidad indisoluble; pero tampoco los matrimonios católicos vienen obligados por la moral católica a una fecundidad ilimitada.

Independientemente, es decir, en una tesitura perfectamente secularizada o mundana, funcionan diversas asociaciones integradas en la I. P. P. F. (Federación Internacional de la Paternidad Planificada).

Como resumen de criterios aplicados se nos ofrecen tres puntos en la página 172. A continuación, como ejemplos, se estudia la política demográfica de ciertos países considerados como más representativos (territorios ultramarinos de raza blanca: Japón, China —comunista—, India, Puerto Rico y Ceilán).

En algunos países en vías de desarrollo se observa una evolución relativa al concepto de individuos «civilizados», únicos aptos por ello para ocupar puestos estatales: si en un principio bastó para ser calificado de tal el poseer conocimientos primarios de lectura y escritura, conducta adecuada y vestimenta decente, hoy empieza a añadirse una cuarta condición: la de tener pocos hijos. Sin embargo, en otros sucede aún lo contrario: «La consideración social del hombre sube con el número de hijos».

Como conclusiones de este capítulo: En la página 186 una categórica condena del aborto. El objetivo inmediato de la política oficial debe ser fomentar la información sobre problemas y posibilidades, con absoluto respeto a «los puntos de vista religiosos de las personas». La meta final será la conjugación de la *seguridad* con la salvaguarda de la *dignidad humana* en orden a la restricción de nacimientos, lo que dice (pág. 187), no se conseguirá manteniendo el «tabú» oficial. Todo esto último no puede menos de sonar a planteamiento simplista de algo profundamente complicado desde el punto de vista teológico.

La ola de crecimiento registrada en la Tierra desde 1700 puede ser denominada «ola de defunción creciente», toda vez que «el "saldo positivo" de los hombres se debe no a los que nacen, sino a los que no mueren».

Termina el capítulo con una amplia relación bibliográfica de revistas y más de treinta páginas de cuadros, con su correspondiente índice.

Epígrafe del capítulo IV es «La gran urbe y el pueblo como tipos de comunidad».

Sus primeras páginas se destinan a fijar el sentido sociológico del término genérico *comunidad*, con miras a la especificación de la comunidad *vecinal*, *municipal* o *comuna*, entendida en amplio sentido y no en el estrictamente

jurídico-administrativo. Para comprender bien esta determinación conceptual conviene recordar la diferencia entre los dos vocablos alemanes *gemeinschaft* y *gemeinde*.

Tras unas indicaciones sobre el estudio de la sociología comunal, pasa a hacer un resumen histórico del desarrollo de la «gran urbe», en sus interrelaciones políticas, económicas y jurídico-administrativas, con especial acento en el papel de los gremios, cuya decadencia va siguiendo hasta desembocar en lo que llama punto culminante, o sea, el Decreto Imperial de 1731, por el cual perdieron aquéllos su autonomía, quedando bajo el control estatal.

El apartado III se dedica al estudio de los problemas y particularidades: extensión, relaciones con la zona colindante, crecimiento y sus causas, migración, expansión y estructuración urbana, condiciones profesionales y laborales, problemas de servicios, condiciones de vida familiar, etc. De particular interés, este último punto, con la aseveración de que no se puede hablar en términos absolutos y radicales —págs. 264 y sigs.— de la disolución de la familia, si bien esta capital institución haya experimentado «cambios tajantes» en los últimos ciento cincuenta años: pocos hijos; convivencia, por lo general, de sólo dos generaciones; pérdida de ciertas funciones, de producción, de formación profesional, de protección y garantía (que ha pasado a las instituciones de beneficencia y seguridad social); en resumen, *pérdida de gran parte de su importancia social*, compensada con la aparición de otras nuevas funciones, tales como constituir la unidad de consumo, participación en la educación mediante la *formación de la personalidad*, «protección y compensación frente a las superorganizaciones sociales y económicas», concentración matriarcal, donde la madre no trabaja, o revalorización del papel de los abuelos, etc. Y, desde luego, conservando el papel primordial en el proceso reproductivo.

Otro fenómeno que se señala (págs. 267-268) como característico de la «vida urbana» es la creciente polarización de las esferas pública y privada, antes íntimamente unidas. Como cuerpo intermedio entre la comunidad municipal y el hogar, se señala la «unidad vecinal», definida como «sector arquitectónico claramente delimitado, dotado de un centro económico y cultural propio, así como de compra y de esparcimiento», cuyo tamaño ideal es el de un distrito escolar. Pero esto no suele ser una realidad.

Como panorámica general, recoge la tan gráfica descripción de Hellpach: una *gran ciudad moderna* es «una inmensa dinámica de masas, una corriente y una marea, un torbellino y una vorágine de personas en que todo se desplaza sin descanso...» En consecuencia, el «capitalino», «reacciona de acuerdo con esquemas situacionales prefabricados y según modelos de conducta determinados, que regulan el desarrollo de la vida cotidiana sin que se produz-

can roces...»); no tiene tiempo para pensar... Y ciertas organizaciones económicas o profesionales, creadas para su defensa, se convierten, frecuentemente, en «aparatos» con fuerza propia que envolviendo al individuo, protegiéndole excesivamente, lo convierten en un mero «seguidor». Pero, en definitiva, todo esto no es más que señalar líneas generales, toda vez que «la gran urbe actual no puede ser considerada como un producto final de nuestro desarrollo histórico, sino que está, como todas las formas de exteriorización social, sometida a una transformación general, cuyo fin no se puede prever hoy en día».

Y un *pueblo*; ¿qué es hoy un pueblo? Algo difícil de definir. En su intento, el autor hace un recorrido histórico en el que la mentalidad rural no queda siempre bien parada —«desconfianza, desprecio, incluso enemistad frente a lo nuevo... política de campanario» (págs. 283-284)—, pero quedando siempre de relieve las agudas tensiones entre las personalidades y estilos de vida campesino y urbano, de las que, finalmente, saldría vencedor el último, hecho al que el autor no se sustrae. Pero no falta la interesante observación de que *rural* no equivale a agrícola, y de que el índice de migración de pueblo a ciudad descende.

Particular interés y profundidad tiene la exposición, bajo la rúbrica «Elevación de la producción alimenticia. Liberación de fuerzas laborales humanas» (páginas 289 y sig.) del proceso de la «revolución industrial» teniendo como antecedente el de una «revolución agraria», en que sintetiza las teorías de Mackenroth e investigaciones de Quante.

En cuanto a la transformación de la familia rural, la estima, siguiendo a Wurzbacher, como consistente en «el paso de la dependencia paternal de los hijos a la vinculación a los hijos de los padres».

Señala también la ruptura progresiva de la antigua fortísima cohesión vecinal en las comunidades rurales. junto a otros fenómenos, asociaciones, ocio, posición de la mujer, condiciones laborales y empresariales, baja cuota demográfica, falta de horizontes para la juventud, de «personalidades directoras».

Finalmente, frente a las tendencias y augurios pesimistas sobre la «fuerza desintegradora de las influencias urbanas sobre las formas de vida rurales», señala diversos elementos positivos integradores: propiedad de casa y tierra, comprensión e intimidad, especial fisonomía de «partidos» y asociaciones en el medio rural, mecanización reforzada, «escuelas centrales», especial orientación de la formación profesional. Complementan este capítulo el correspondiente índice bibliográfico y nueve cuadros estadísticos.

El capítulo V y último se dedica al tema de la «Estratificación social».

«Dondequiera que conviva un cierto número de personas —comienza diciendo (pág. 337)—, por ejemplo, en empresas, en comunidades o en la sociedad, se producen diferencias que no se reducen simplemente a hacer parecer a uno distinto de otro, sino a las que van unidas valoraciones en el sentido de estar en mejor o peor situación, gozar de mejor o peor consideración, disfrutar de mayores o menores ventajas, etc. Estas diferencias las encontramos en la Historia y en la actualidad bajo las más diversas formas.»

Siguen a este planteamiento cuatro ejemplos muy heterogéneos en el tiempo y el espacio, destinados a dos «sólo una impresión muy incompleta» de algo —las diferencias sociales «valorativas»— que constituye «una de las partes más complicadas y complejas de la investigación sociológica».

A través de los diversos puntos de vista sobre las condiciones subjetivas y objetivas de una persona, se produce una estimación, cada vez más completa de ella; ascendiendo gradualmente en ellos se van configurando diversos *status* —profesional, de origen, posicional...— hasta llegar al superior *status* social, o *total social position*, cuya fórmula es: $f(p_1, p_2, \dots p_n); q(e_1, e_2 \dots e_n)$ (página 352, ref. núm. 10, pág. 350).

Siguen a este planteamiento cuatro ejemplos muy heterogéneos en el tiempo y el espacio, destinados a dar «sólo una impresión muy incompleta» de algo —las diferencias sociales «valorativas»— que constituye «una de las partes más complicadas y complejas de la investigación sociológica».

A través de los diversos puntos de vista sobre las condiciones subjetivas y objetivas de una persona, se produce una estimación cada vez más completa de ella; ascendiendo gradualmente en ellos se van configurando diversos *status* social, o *total social position*, cuya fórmula es: $f(p_1, p_2, \dots p_n); (e_1, e_2 \dots e_n)$ pág. 352, ref. núm. 10, pág. 350).

Puntos sustanciales de este estudio son:

— Averiguación de los posibles *fundamentos* («origen», en el texto) de la *desigualdad social*: diferencias «naturales» (en las que sigue a Aristóteles, aunque con citas de segunda mano); propiedad privada; división del trabajo; grado de cumplimiento de las «normas» (éticas y jurídicas); funcionalidad (encaminada hacia los «objetivos primarios», o «metas sociales de primer orden» de cada momento histórico).

— *Factores determinantes de la valoración*: importancia de una

posición, referida a aquellos «objetivos primarios»; grado de *legitimidad* en el control de la *conducta* correspondiente a una *posición*; grado de *autonomía* de esta conducta.

A continuación reseña histórica de la división de clases en la Alemania medieval, con la leal advertencia de que se trata tan sólo de un esquema de orientación, puesto que se trata de un tema de notables variantes localistas.

Es una capítulo bien elaborado, pese a lo cual no deja de sugerir objeciones. Por ejemplo, la aseveración (pág. 387) que las Iglesias católicas y protestante «afirmaban tajantemente la desigualdad de la sociedad estamental». Y ni esto era así, ni lo demuestran los ejemplos que aduce.

Queda, en cambio, claro que las clases estamentarias no eran precisamente círculos cerrados, si bien no todo ingreso en el aristocrático era limpio (página 390).

La teoría liberal de la «libre competencia» es objeto, bajo el epígrafe «La cuestión social» (pág. 393) de un certero y sucinto juicio crítico. Le sigue una sucinta exposición de los planteamientos históricos de Carlos Marx, seguida de consideraciones analíticas sobre el cumplimiento de sus «pronósticos», en tantos puntos fallidos, por lo que a Alemania respecta: «Los procesos que de hecho tuvieron lugar —concluye (pág. 406)— fueron fundamentalmente más complejos y, en parte, abiertamente distintos de como Marx había presumido. A continuación, expone la tesis de la «sociedad nivelada de la clase media», de Schelsky.

Los dos últimos apartados, V y VI, constituyen un amplio estudio, respectivamente, sobre las diferencias de *status* y tendencias de estratificación, y diferencias de comportamiento, según los estratos, en la República Federal Alemana, elaboración directa de los autores, K. M. Bolte y su equipo. En cuanto a lo primero, el resumen puede verse bajo la rúbrica «La estratificación hoy: visión de conjunto». Sobre la segunda cuestión, se pone de relieve (páginas 470 y sigs.) la indudable preponderancia de los «estratos medios» a la que se atribuye un fundamento de índole numérica, mayoritaria, en el que las *élites* buscan necesariamente su «legitimación democrática». Los apartados dedicados a los «estratos inferiores» son particularmente interesantes para aquellos que se dediquen, o simplemente se preocupen, de la acción social católica.

JESÚS VALDÉS MENÉNDEZ VALDÉS